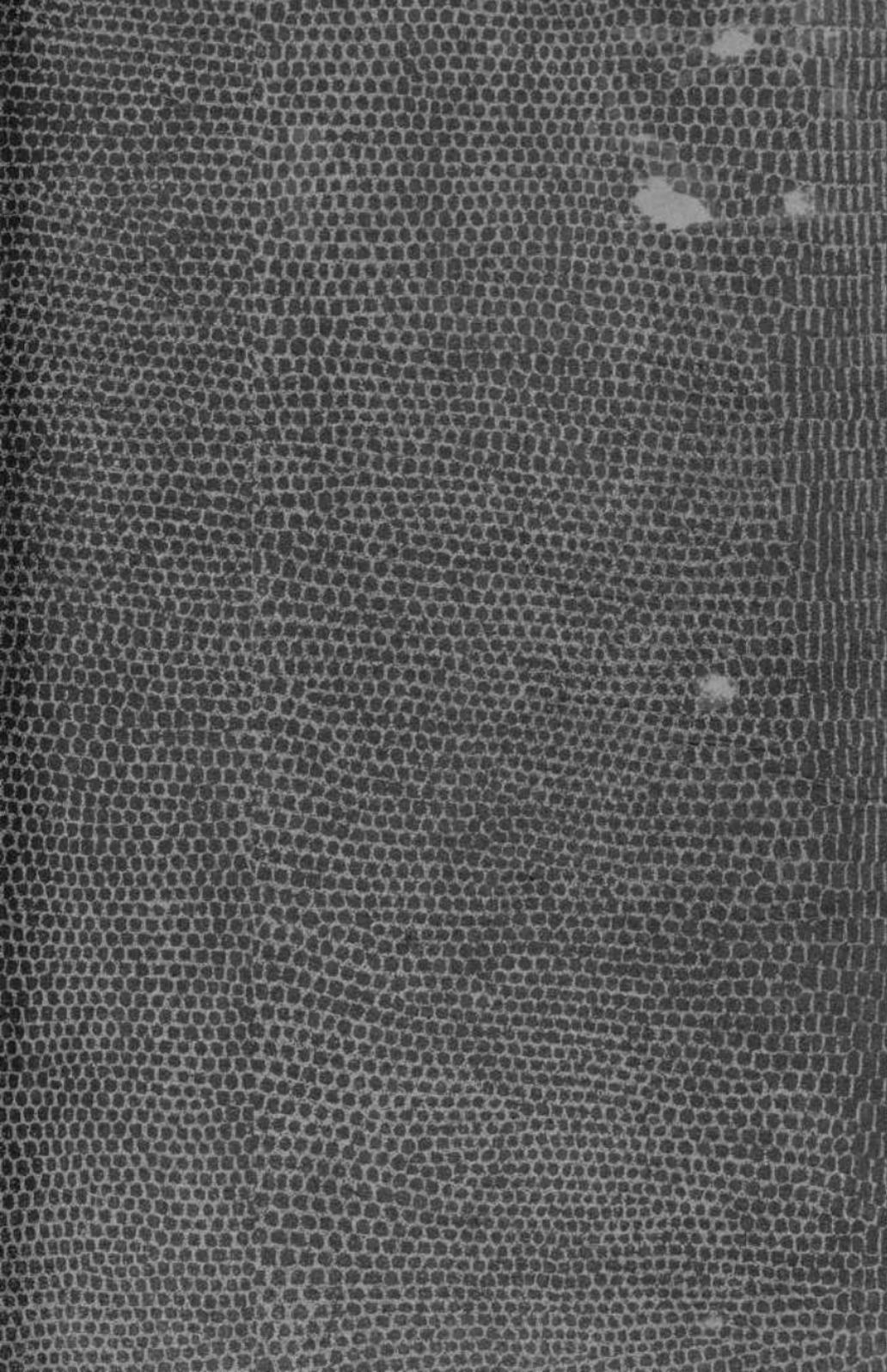


P-13

7-27





CANCIONERO

B.P. de Soria



61056782
D-2 2856

-2
88

96456



10
114

10
114

~~X^o 1107~~

12-000

BIBLIOTECA "ATENEOS"

MANUEL DE SANDOVAL

Correspondiente de la Real Academia Española

CANCIONERO



MADRID

IMPRENTA DE BERNARDO RODRÍGUEZ

8, Barquillo, 8.

1909



Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CASTIZA



C A S T I Z A

No soy de las heladas regiones donde el Bóreas,
sin despejar el cielo, los horizontes puebla
de vagas y espectrales visiones incorpóreas,
formadas con jirones del velo de la niebla:

donde la luz del día, monócroma y difusa,
al derramar su tibio fulgor sobre la nieve,
ni recorta el contorno, ni las sombras acusa,
ni las formas precisa, ni señala el relieve.

Soy hijo de una tierra que el sol del Mediodía
enérgico colora con pincelada franca,
en donde no hay penumbras y no hay melancolía,
donde la sombra es negra, donde la luz es blanca;



donde, en color y en tono, contrastan de manera
el encinar bravío y el peñascal desnudo,
el oro en la llanura y el verde en la pradera,
que son, por lo precisos y limpios, se creyera
cuartéles que se juntan y forman un escudo
ó franjas que se unen formando una bandera:

en donde el Arte austero, viril, ingenuo y rudo,
retrata y no idealiza, esculpe y no bosqueja;
donde, al vibrar con amplia rotundidad la estrofa,
que ni doliente gime, ni lánguida se queja,
deifica ó anonada, bendice ó apostrofa.

Por eso ni en el lienzo ni en el papel se esfuma
lo que soñó el artista é imaginó el poeta:
por eso aquí compite con el pincel la pluma,
por eso con el iris contiene la paleta.

Altivo descendiente de Atenas y de Roma,
ni dudo de mi origen ni de mi fe reniego,
ni al esplendor renuncio de mi opulento idioma,
por su vigor, latino, por su elegancia, griego.

El «román paladino», que siendo en nuestra tierra
tan pronto canto llano como clarín de guerra,
y uniendo—terso y limpio, y elástico y severo—
la claridad del agua, la austeridad del roble,
la brillantez del mármol y el temple del acero,
fué el verbo de una raza aventurera y noble
que á España dió en sí misma su Aquiles y su Homero,
al ajustar su paso, lo mismo que á un redoble,
al grave y monorritmico compás del Romancero.

La lengua en que sonara aquel cantar sabroso
que oyeron olvidadas del pasto las ovejas,
cuando, al llorar sus males Salicio y Nemoroso,
unieron y acordaron la música y las quejas;



en que fray Luis cantara los rústicos placeres
y comentó de Cristo los sacrosantos nombres;
en la que Tirso el alma pintó de las mujeres
y Lope reprodujo la vida de los hombres;

y que es, al cimbrarse cual hoja de Toledo,
ó al desplegar sus cláusulas rotundas y ondulantes,
espada, si la esgrime la diestra de Quevedo,
bandera, si la agita la diestra de Cervantes.



Ahora, sin jaetancia, pero también sin miedo,
en esta lengua angusta al disponerme á hablaros,
que me escuchéis os pido, porque deciros puedo:
«Mis versos españoles son rudos, mas son claros.
Si al corazón no llego cuando la espada empuño,
en su hoja toledana que yo acicalo y bruño
se copia y se refleja la luz del patrio sol:

la arena de los ríos que riegan mi terreno
cribé, el metal buscando que apuro en mi crisol,
y sé que en las monedas que bato sin mi cuño
las armas son de España y el oro es español.»

LA CANCELA

LA CANCELA

Aunque el sol nos deslumbra con sus fulgores,
del patio en que, corrida, temple la vela
el rigor de sus rayos abrasadores,
sale una bocanada que nos consuela,
mezclada con los gratos, frescos olores
con que el aire embalsaman miles de flores,
al través de los hierros de la cancela.

¡La cancela! Cien veces, cuando al acaso
de la ciudad, orgullo de Andalucía,
cruzo plazas y calles, detengo el paso
por ver cómo, formando su celosía,
que del patio la entrada guarda y protege,
al torcerse y doblarse con gallardía,

el hierro, laminado cual dócil fleje,
sus estrellas y rombos une y enlaza,
y en intrincada urdimbre combina y teje
caprichosas labores de árabe traza.

Centinela avanzado que, siempre alerta,
del hogar que defiende vela á la entrada:
de la casa andaluza típica puerta,
que está al paso indiscreto siempre cerrada
y á los ojos curiosos siempre está abierta.
Fiel imagen del pueblo de Andalucía,
que es jovial y expansivo, rumboso y noble,
y que, desconociendo la hipocresía,
vive en público y sabe que la alegría
siempre que se comparte resulta doble:
que derrocha la gracia y el sentimiento,
que Dios pródicamente le concediera,
en las coplas que á un tiempo canta y compone:
que odiando hasta en sus casas el aislamiento,
sin temer las miradas de los de fuera,

su miseria ó su lujo muestra y expone
al través de los hierros de esa barrera
que entre el patio y la calle sólo interpone,
más que como muralla, como frontera.

Grato es, cuando la luna con sus fulgores
la extensión ilumina del firmamento,
y á su luz palidecen astros y flores,
ver recortarse en sombra sus cien labores
sobre el luciente mármol del pavimento.

Y al paso, tras el fino, labrado encaje,
á su tranquila llama que resplandece
en el azul sereno sin un celaje,
contemplar las facciones puras y bellas
del rostro de una hermosa que palidece,
lo mismo que las flores y las estrellas.

La hermosa hacia la calle mira alterada,
porque aguarda impaciente para la cita

á su novio, entretanto que, confiada,
su madre en la cancela que está cerrada,
perezosa bosteza y al fin dormita.
Llega el galán, y oyendo las seductoras
promesas que de gozo llenan su alma,
para la enamorada las dulces horas
veloces se deslizan, mientras en calma,
sin cuidar de su niña, duerme la vieja,
sabiendo que no hay muro que la proteja
tan bien del amoroso y audaz exceso
como los duros hierros que de la reja
forman el intrincado tejido espeso,
que, insensible á las ansias de la pareja,
interpone sus mallas, y sólo deja
que, rápido y furtivo, se filtre un beso.



Leyendo un viejo infolio de pergamino,
fornado en primorosa, rica vitela,
me enteré del origen de la cancela,
y voy á referirle, porque es divino.

Cuando Dios, castigando su rebeldía,
arrojó á nuestros padres del Paraiso,
la proscrita pareja, llegando un día
á la puerta cerrada que lo impedia,
para verle de nuevo pidió permiso
al ángel que por fuera la defendía.
Como Adán sollozaba y Eva gemía,
el guardián un instante dudó indeciso,
que, aunque su horrible pena compadecía,
al severo mandato de Dios sumiso,
á franquearles la entrada no se atrevía.
Pero tanto lloraron, que el centinela
pidió á Dios un milagro, y obrarle quiso
el Señor, que á los hombres ama y consuela;
sus hojas no giraron, mas, de improviso,

la voluntad divina trocó en cancela
la puerta impenetrable del Paraíso.

Y ante aquellos que torpes le profanaron,
y sobre su inocente prole arrojaron
los dolores y penas que la torturan,
apareció alumbrado y embellecido
por la luz misteriosa con que fulguran
la ilusión destrozada y el bien perdido.

El cuento prodigioso que he referido
de la memoria humana jamás se borra,
y aquel que atentamente le hubiere oído,
ver creará en cada alegre patio florido,
siempre que la moruna ciudad recorra,
un Edén en pequeño reproducido.

Y si ve tras los hierros de la cancela
una mujer que en garbo y en gallardía

que nació en esta hermosa tierra revela,
es fácil que, admirado, dude indeciso
si es que contempla un patio de Andalucía
ó si está ante la puerta del Paraíso.

.....

Yo, como confundirlos puede cualquiera,
la diferencia sola diré que encuentro:
que en el Edén el ángel estaba fuera,
y el ángel en el patio siempre está dentro.



LA NIEVE

LA NIEVE

Bajando en copos desde el alto cielo,
la nieve, silenciosa y persistente,
despliega sus cendales lentamente
sobre los campos que endurece el hielo.

Ciñe su blanco y esponjoso velo,
como un manto de armiño, la vertiente,
y se mancha en el fango pestilente,
al arrastrar sus orlas por el suelo.

Y en la desierta y anchurosa plaza
sus congelados copos apelmaza
sobre la estatua colosal y erguida,

y su esbelto contorno desfigura,
cual si otra vez la clásica escultura
volviera al bloque de que fué extraída.

CONTRADICCIÓN

CONTRADICCIÓN

Cuando mi cuerpo ó mi alma
hiere, implacable, el dolor,
y, al exhalarse, la queja
se convierte en oración,

no es porque la fe que un día
mi espíritu iluminó
vuelva á alumbrarme de nuevo
con su divino fulgor:

es porque á veces el alma,
por rara contradicción,
al par que á Dios desconoce,
implora y suplica á Dios.

Por eso mientras combaten
la mente y el corazón,
sin que se puedan poner
nunca de acuerdo los dos,

acepta mi sentimiento
lo que niega mi razón,
y aunque rechazo la fe,
me enciendo con el amor.

Del mismo modo la nieve,
si es herida por el sol,
aunque repele su luz,
se funde con su calor.

CONVALECENCIA

CONVALECENCIA

Que estoy mejor, me dicen, y lo creo,
puesto que ya, al través de la cortina,
no escucho ese alarmante cuchicheo,
cuyo triste sentido se adivina.

En torno de mi cama ya no veo
graves y compungidos los semblantes;
y ya, como el temor no las domina,
no suenan en mi casa, como antes,
la voz y las pisadas con sordina.

Ya mi mujer, cuando á mi cuarto viene,
para que yo no advierta
que acaba de llorar, ante la puerta
los ojos á enjugar no se detiene.

Ya de mis hijas la incoherente charla
nó aturde mi cabeza, ya divierto
mi forzada inacción al escucharla.
Ya la luz no me ofende, y por gozarla
dejo el postigo del balcón abierto.

Y cuando, alegre, los cristales dora
del nuevo día el resplandor incierto,
y oigo el acento de su voz sonora,
acariciado por la doble aurora
del sol y de la vida, me despierto.

Mas ¡ay!, al recobrar la fortaleza,
aunque mi pulso acompasado late
y mi cerebro á despejarse empieza,
me encuentro tan distinto y tan cambiado,
que, con incertidumbre y con tristeza,
á veces me pregunto si he quedado
vencido ó vencedor en el combate;
pues si soy de la muerte prisionero.

por alcanzar la libertad, no quiero
dejar mi juventud como rescate.

Yo cuidaré de mi salud perdida,
por ser feliz al encontrarme fuerte,
pero no si arrastrar debo una vida
de achaques y dolor; más que la muerte
la vejez prematura me intimida.

No quiero ser de aquellos
que á viejos llegan sin llegar á ancianos;
no quiero que se caigan mis cabellos
sin tener tiempo de ponerse canos.

No quiero que me falte la energía,
y mi misión sin realizarse quede:
es humilde, lo sé; mas como es mía,
yo solo soy el que cumplirla pueda.



A ociosidad penosa condenado,
no quiero, en paz ó en guerra,
envidiar al labriego ó al soldado,
cuando van con las armas ó el arado
á defender ó á cultivar su tierra.

Quiero, hasta el fin, para luchar dispuesto,
cubrir la brecha y ocupar mi puesto;
y que el sudor, brotando de mi frente,
riegue y fecunde el surco en que se arroja,
para que se haga espiga, la simiente.
Cuando despunta el sol en el Oriente,
más que el trabajo la inacción me enoja;
cuando á tambor batiente
va reclutando el capitán su gente,
librarme por inútil me sonroja.

Al llegar la vejez, si he combatido
como bueno y honrado, caiga ó venza,

habré á lo menos mi deber cumplido.

¡Hoy que otra vida para mí comienza,

sólo, Señor, te pido

que no me hagas pasar por la vergüenza

del que antes de luchar ya está vencido!

BEATRIZ

BEATRIZ

Como la fresca brisa, que, al deslizarse leve,
mitigando el bochorno de las tardes de estio,
estremece las hojas y las ramas no mueve
de los álamos blancos que festonan el río,
pasa Beatriz, la musa del divino poema:
es de arroyo su risa, es de ángel su aleteo,
es su mirada luz que alumbra y que no quema,
y, aunque enciende en las almas una ansiedad suprema,
su hermosura en la carne no despierta un deseo.

Fuente por Dios sellada; luminosa centella,
desprendida del foco del amor infinito;
esperanza remota y eternamente bella;

capullo que, al abrirse, por la muerte marchito,
sin convertirse en rosa, se convirtió en estrella.

Beatriz es la ilusión errante y fugitiva
que si huella un instante con sus plantas el suelo,
es para cobrar fuerza que la impela hacia arriba,
y volver á su patria inmortal; así estriba
el pájaro en la rama para tender el vuelo;
así cae el incienso sobre la brasa viva,
para elevarse en nube perfumada hasta el cielo.

¡Oh Beatriz! ¡Oh sagrada Ilusión! Los que erramos
á tientas y sin rumbo por esta obscura selva,
al sentir las heridas del dolor, suspiramos
por que otra vez el tiempo de tu reinado vuelva.

Y al subir la pendiente y ver lejos la cumbre,
queremos que tu ardiente mirada nos alumbre,
queremos que tu risa celestial nos conforte...
¡Y como en ti creemos, como en ti confiamos,

aunque nunca alcanzarte en la vida podamos,
si no eres nuestro puerto, podrás ser nuestro norte!

¡Escucha nuestros ayes, mitiga nuestra pena!
¡Haz que los desterrados, cuya existencia amarga
el dolor que á infinita soledad les condena,
soporten resignados y sufridos su carga,
al subir los peldaños de la escalera ajena!

¡Acuérdate de aquellos que, rendidos, te adoran;
y, al pasar, con la fimbria de la ropa que vistes,
las lágrimas enjuga de todos los que lloran;
escúchalos, sagrada Ilusión, que te imploran
con la fe y el anhelo con que imploran los tristes!

¡Oh adorada de un Genio, á quien guardas y guías,
no desprecies el ruego con que humilde te invoco
desde la hidalga tierra que consagrara un Loco
con las santas empresas de sus caballerías!

¡Desde la tierra hidalga de aquel que en la pelea
invocaba á tu hermana inmortal: Dulcinea!

Tu hermana, pues lo mismo que con sagrado fuego
tú enardeciste el alma del vate florentino,
ella inflamó la mente del hidalgo manchego.

.....

Hoy tu patria y la suya, nobles pueblos hermanos,
que su común origen y su común destino
reconocen gozosos, al estrechar sus manos,
proclamando sus glorias, que comparten ufanos,
el laurel reverdecen del ingenio latino.



* Y yo, cantor humilde de excelsos ideales,
con amante conjuro, ¡oh sombras inmortales!,
Beatriz y Dulcinea, á la par os evoco,
¡pues sé que para el alma que sueña son iguales
la adorada de un Genio y la dama de un Loco!

UN GITANO

UN GITANO

Nacido en las *Costanillas*,
antigua calle que en Córdoba
por ser calle de gitanos
fué conocida y famosa,

del tiempo viejo conserva
usos, modales y ropa,
con el afán con que el noble
conserva su ejecutoria.

Dan á su rostro cetrino
las patillas de hacha sombra,
y su calva frente ciñe
pañuelo de seda roja.

sobre el cual, de medio lado
y al desgaire, se coloca
el calañés puntiagudo,
de antigua y típica forma.

Viste, á la usanza gitana,
chaqueta entallada y corta,
y pantalón ajustado
de pana fina y lustrosa,

que, cubriendo la rodilla,
por encima de la corva
con lucientes pasadores
de monedillas se abrocha.

Y entre la encarnada faja,
que á su cintura se arrolla,
las afiladas tijeras
ojos y puntas asoman.

Es ya viejo, mas los años
su firme cuerpo no doblan,
ni en la inseparable vara
para caminar se apoya.

Aún en las ferias los potros
apenas domados monta,
sin que en la silla le muevan
saltos, botes ni cabriolas.

Aún esgrime con denuedo,
si se arma gresca ó camorra,
la enorme faca que dice:
¡Viva mi dueño! en la hoja.

Aún sigue siendo el primero
en las juergas y en las broncas;
aún á los mozos no teme
y aún le temen á él las mozas.

Nadie como él trueca en negra
una mula blanca ó torda,
de modo tal que ni el dueño
si la encuentra la conozca.

Nadie como él en los tratos
hay que pondere ó que ponga
excelencias cuando vende
y defectos cuando compra.

Nadie como él la guitarra
para acompañarse toca,
arrancando de sus cuerdas
gemidos en vez de notas,

á su compás entonando
cien intencionadas coplas
que de repente improvisa
al mismo tiempo que entona.

Como de feria en mercado
ha corrido España toda,
y de cuanto vió y ha oído
es archivo su memoria,

en cuanto suelta el torrente
de su voz aguardentosa
y con pintoresco estilo
refiere cuentos ó historias,

la gente, de oír sus palabras
y ver sus gestos ansiosa,
en torno de él en silencio
formando corro se agoipa;

y sin cesar de sus labios
chistes y mentiras brotan,
que con malicioso ingenio
él ameniza y sazona.

pues no desentonarian,
repetidos por su boca,
los avisos y consejos
que al amante de *Preciosa*

da aquel discreto gitano
en páginas que son gloria
preclara é inmarcesible,
de las letras españolas.

EN EL HUERTO DE FRAY LUIS

EN EL HUERTO DE FRAY LUIS

Mientras hunde su disco el sol poniente
tras el bosque de piedra cincelada,
crestón de la ciudad que en la corriente
del Tormes se contempla reflejada,
y que levanta la gloriosa frente
con legitimo orgullo, dignamente
por sus postreros rayos coronada;
siguiendo la extendida y ondulada
falda de una colina
que, formandó suavísimo declive,
la llanura domina,
y que del sol radiante que declina
el moribundo resplandor recibe,
llego al paraje plácido y tranquilo
donde en humilde casa y fértil huerto

halló fray Luis inalterable asilo,
dulce refugio y sosegado puerto.

Todo está como entonces. Rumorosa
aún la fontana pura,
al descender desde la cumbre airosa,
su canción melancólica murmura;
la parra extiende su dosel sombrío
delante de la casa, y no muy lejos,
su cauce hinchiendo aun en el seco estío,
reluce con metálicos reflejos
y tuerce el paso por la vega el río.

En este mismo sitio — como un día
resonó del Iliso en la ribera
la voz que á un tiempo plácida y severa
de los labios de Sócrates fluía —
vibraron con serena melodía
las augustas palabras de Marcelo,
del Redentor al comentar los *Nombres*,

mientras Sabino, en cuyo pecho ardía
el entusiasmo juvenil, sentía
ese impaciente y efusivo anhelo
que despierta en las aves y en los hombres
la hermosura del campo y la del cielo.

El que aquí nuevamente la dulzura
gusta de ese coloquio soberano,
émulo del *Symposio* en hermosura,
los libros del gentil y del cristiano
al comparar, á decidir no llega
si es el noble romance castellano
más luminoso que la prosa griega;
y duda, subyugado é indeciso,
si es más digna de fama que la vega
regada por el Tormes, la que riega
con sus sagradas aguas el Iliso.

La sensación de paz y de sosiego
que nace del paisaje, y en el alma
como un aroma se difunde luego,



de las pasiones que adormece y calma
convierte en luz el fuego.

Y aquietada la mente,
que ligada se siente
por íntima y profunda simpatía
al lugar donde flota todavía,
tan pura como el ampo
virginal de la nieve, la poesía
de la *Vida del campo*;
á la par que del cielo y la llanura
goza mejor la calma y la hermosura,
admira sorprendida
el hondo encanto, sospechado apenas,
de esa canción cien veces repetida,
cuyas estrofas, de dulzura llenas,
imitan al correr, siempre serenas,
con el ritmo apacible de la vida,
no á la sangre que brota de la herida,
sino á la que circula por las venas.

¡Qué bien concuerda ahora
con el alegre ruido
de la fuente sonora
aquel cantar sabroso no aprendido!

Sin duda aquí, cuando, inspirado, un día
á la sombra tendido,
el poeta inmortal le componía,
para lograr la plácida armonía
que, sin rozar apenas el oído,
en el suspenso espíritu penetra,
con la fuente el trabajo compartía,
y en sus *liras* ponía
ella las notas y fray Luis la letra.

PRINCIPIO DE OTOÑO

PRINCIPIO DE OTOÑO

*Ya el campo descina su traje de gala,
ya el alma se llena de melancolía,
ya viene el otoño que todo lo iguala:
el gozo y la pena, la noche y el día.*

Descansa la tierra que el sol del estío
quemó con febriles caricias de fuego;
y al fin, disfrutando de calma y sosiego,
vivimos la vida sin ansia ni hastío.

La bruma, velando la azul lontananza,
suaviza y esfuma los agrios colores;
y cuando el ambiente de paz y bonanza

conmueve una brisa de ayer—remembranza
de muertos perfumes y muertos amores—
recuerda el recuerdo que ha sido esperanza,
los frutos se acuerdan de haber sido flores

Mas como no altera tu quietud segura,
realidad lograda, la ilusión perdida,
prudentes gozamos del bien mientras dura,
que el sol, en la tarde del año y la vida,
la fruta sazona y el juicio madura.



¡Oh plácido otoño! Castilla te ama,
y con los rastrojos que dejó el verano
hiló el oro viejo que borda y recama
tu traje severo de rey castellano.

Su amor recompensa tu amor soberano
con sabios consejos y austeras verdades.

Por tí resucitan las áureas edades
que Cronos rigiera con pródida mano;
cruel es Enero, y Julio tirano;
Abril da esperanzas, y tú realidades.

Por eso en las almas, igual que en el llano,
queremos que siempre benigno— aunque ciña
de nieve sus picos más altos la sierra,
y el bosque de tonos pajizos se tiña—
prolongues tu imperio templado y fecundo,
y sigas— ¡oh amigo del hombre y la tierra!—
colmado de bienes la vida y el mundo.

*Ya el campo descibe su traje de gala,
ya el alma se llena de melancolía,
ya viene el otoño que todo lo iguala:
el gozo y la pena, la noche y el día.*



¡Oh plácido otoño! De Baco y Pomona
la vuelta anhelada bendigo y saludo.
La vid que tus sienes abruma y corona
se enreda á tu cetro, tu manto festona,
da miel á tus labios y empresa á tu escudo.

Con toldo de hojas la parra en la aldea,
la puerta protege y el patio sombrea;
y en el fatigoso mar de la campiña
—que, mudo é inmóvil, ni ruge ni ondea—
á un tiempo los ojos y el alma recrea,
como isia encantada, surgiendo la viña.

Y al par que lasciva, triunfal y lozana,
da al sobrio paisaje matiz y ornamento,
y su hábito pardo de asceta engalana,
difunde en la austera Castilla el contento
que alegra y anima su fiesta pagana.

Y al par que sus hojas sonantes el viento
en erótalos trueca, y en tirso el sarmiento,

que al peso del fruto doblégase ó trepa,
del muro ó el árbol buscando el arrimo,
el sol, que amortigua su brillo en la estepa,
nimbando de oro la parra y la cepa,
ablanda, colora y endulza el racimo.



Cuando éramos niños, con otros rapaces
burlando, traviosos, al guarda ó los amos,
entrando en las viñas, golosos gustamos
con ávida boca sus frutos agraces.
Ahora en la calma de otoño gozamos
al ver que á los rayos del sol, lentamente,
va la uva dorada poniéndose ó negra;
y acaso en tus noches, ¡oh invierno inclemente!,
bebamos ansiosos, después que fermente,
su zumo, que al viejo conforta y alegra.

*Ya el campo descienē su traje de gala,
ya el alma se llena de melancolía,
ya viene el otoño que todo lo iguala:
el gozo y la pena, la noche y el día.*

MIGUEL ÁNGEL

MIGUEL ÁNGEL

I

Labra la piedra el escultor toscano,
y de Moisés la colosal figura
surge, llena de vida y de hermosura,
al recio golpe de su férrea mano.

Absorto ve el artista soberano
el bloque convertido en escultura,
y en un arranque de genial locura,
su obra gigante al contemplar ufano.

cuando la piedra de su genio al soplo
palpita, y bajo el golpe del escoplo
la última lasca desprendida salta,

—*Habla!*—grita á la estatua, y la golpea,
al ver qué al mármol que animó su idea
tan sólo hablar para vivir le falta.

-II

¡Sublime exclamación, cuyo sentido
al par nos entusiasma y nos contrista;
expresión del anhelo del artista,
nunca alcanzado y siempre perseguido!

¡Quién, juntando la línea y el sonido,
del corazón lograrse la conquista
con la forma que halaga nuestra vista
y el ritmo que deleita nuestro oído!

¡Quién, tal cual es, aprisionar pudiera
la inspiración radiante y fugitiva,
sin que su encanto virginal perdiera;

y quién, domando la dureza esquivada
de la materia indócil, consiguiera
tallar en mármol la escultura viva!

III

Poema escrito en idioma soberano,
que al sonar brilla y al vibrar fulgura,
es la belleza, que, inmutable y pura,
jamás al hombre descubrió su arcano.

Y son las Artes, que el esfuerzo humano
formó para expresar esa hermosura,
estrofas inconexas, que procura
el genio unir y armonizar en vano.

¡Quién, cual del iris las diversas tintas
funde la blanca luz, fundir lograra
sus formas incompletas y distintas,

y en síntesis magnífica y suprema
las dispersas estrofas enlazara
de ese inefable y sin igual poema!

CRUZADA

CRUZADA

Como en la Tierra Santa de los viejos cruzados
las heroicas proezas renovarse no han visto,
como antes, los infieles, feroces y obstinados,
profanan la doctrina y el sepulcro de Cristo.

Y es preciso que, unidos por generoso anhelo,
de la ilusión alcemos la bandera sagrada,
y que, sin más auxilio que el auxilio del cielo,
contra el mal emprendamos la novena Cruzada.

Preciso es que, salvando las tierras y los mares,
y emulando el arrojo de los héroes de antaño,
á la nueva conquista de los Santos Lugares
marchemos al conjuro de un Pedro el Ermitaño,

á rescatar de Cristo la santa sepultura
en nombre de la vida y en nombre del derecho,
nosotros que ostentamos su cruz en la armadura,
nosotros que llevamos su amor en nuestro pecho.

La guerra presintiendo, sacudan los corceles,
altivos y fogosos, las colas y las crines;
relumbren como el rayo corazas y broqueles,
resuenen como el trueno tambores y clarines.

Y de la amada patria salvando los confines
para volver ceñidos dé palmas y laureles,
sigamos á los nobles y heroicos paladines
que mandan las invictas legiones de los fieles.

Para que al sol llameen mejor sus cruces rojas,
llevemos las banderas al viento desplegadas,
y en alto levantemos, cogidas por las hojas,
para que sólo brillen sus cruces, las espadas.

Tal vez la empresa heroica tachando de quimérica,
pretendan los prudentes estorbar nuestro intento
é impedir que, orgullosa, vibre la trompa homérica
de un nuevo Tasso henchida por el divino aliento.

Pero nosotros, firmes en nuestro empeño santo,
al sufrir con paciencia y al luchar con denuedo,
daremos nuevo asunto para el épico canto,
emulando las glorias que alcanzó Godofredo.

Y al fin rescataremos el sagrado tesoro
si, como él, obedientes á las santas doctrinas,
rechazamos, humildes, las coronas de oro
donde el Rey de los reyes la ciñera de espinas.

De América y de Europa vendrán á nuestra huerte
cuantos son en espíritu ó en religión cristianos,
cuantos el bien procuran con el favor eeleste,
cuantos al bien dirigen los esfuerzos humanos.

Junto á los que, rezando, de Cristo auxilio imploran,
formarán los que dudan y por la fe suspiran;
y junto á los creyentes que rendidos le adoran,
formarán los incrédulos que asombrados le admiran.

Nosotros por los pueblos de nuestra tierra hidalga
reclutaremos pobre, pero aguerrida tropa,
que contra el enemigo común al campo salga,
unida á los ejércitos de América y de Europa.

Y aunque armas no tenemos, si al fin el tiempo llega
de emprender esa lucha de amor y de esperanza,
buscando en los rincones de una casa manchega,
de fijo encontraremos un casco y una lanza.

ESPEJISMO

ESPEJISMO

Ya la brisa, impeliendo la barca libre
que hacia el mar desde el puerto ligera zarpa,
hace que su cordaje resuene y vibre,
igual que las tirantes cuerdas de un arpa.

Ya, dejando sumisa que la acaricie,
á su soplo se ajusta dócil la vela;
y al cortar sin esfuerzo la superficie
de las tranquilas aguas, por su planicie
no parece que boga, sino que vuela.

Bruñido por los rayos del sol, reluce
el mar, como un espejo de tersa plata,
donde, á la par que el cielo su azul retrata,
nuestra barca invertida se reproduce.

Y es su imagen tan clara, que más que nave,
completada por ella, parece un ave
que, sus nítidas plumas al desplegar,
entre dos infinitos tiende su vuelo,
y surca los abismos del mar y el cielo
con un ala en el cielo y otra en el mar.

AGUA SOTERRADA



AGUA SOTERRADA

Perdida en el desierto
la errante caravana,
con vacilante paso
recorre las arenas abrasadas.

En la extensión inmensa
se pierde la mirada,
y ni un eco responde
á la voz que se extingue en la distancia.

Rendidos y agobiados
por la insufrible carga,
los pacientes camellos
con lentitud desesperante marchan.

Y los hombres caminan
con la siniestra calma
de aquellos que han perdido,
antes que la existencia, la esperanza.

Nada el calor mitiga,
nada templar ni aplaca
la sed devoradora
que reseca y consume sus entrañas.

Hasta que, al fin, no hallando
ni la sombra ni el agua,
tras penosa agonía,
al par su vida y su tormento acaban.



En la sombra escondida
la fuente soterrada
de la caliza roca,
inagotable y rumorosa, mana.

Á los dolientes sonos
de su lira de plata,
en su cárcel obscura,
como en su celda el prisionero, canta:

y al fluir eternamente
de la peña agrietada,
con suplicantes voces
á los sedientos, amorosa, llama

y parece decirles:
—¡Los que sentis las ansias
de la sed infinita,
venid, que inagotables son mis aguas!—

Pero nadie la escucha,
y por siempre ignorada,
ni fecunda la tierra,
ni el cielo copia, ni la sed apaga.

¡Quién pudiera, Dios mío,
acortar la distancia
que la sedienta boca
del inexhausto manantial separa!

VIDA UNIVERSAL

VIDA UNIVERSAL

Cuando, lejos del bullicio de la corte populosa,
oigo atento la voz grave de la austera soledad,
mientras luce ante mis ojos, siempre espléndida y grandiosa,
la inmortal Naturaleza su imponente majestad,

me parece que la sangre que circula por mis venas
va el vigor y la alegría difundiendo por mi ser,
y que el alma, quebrantando sus durisimas cadenas,
puede el libre y raudo vuelo por la atmósfera tender.

Y á la par que, revestida de su pompa soberana,
su belleza incomparable me descubre la creación,
más hermosa y esplendente que la luz de la mañana,
en mi espíritu extasiado resplandece la ilusión.

Y en un punto se confunden la fugaz y pasajera
fortaleza y lozania de mi ardiente juventud,
del amor y la esperanza la perenne primavera,
y del mundo siempre joven la fecunda plenitud.

Y sintiéndome arrastrado, como junco desprendido
que arrebatata entre sus ondas rapidísimo raudal,
en su indómita corriente me arrebatata confundido
el torrente desbordado de la vida universal.

Como río caudaloso que fecunda la pradera,
y las márgenes reviste de hermosura y de verdor,
la corriente de la vida, que circula por doquiera,
engalana el Universo con la dicha y el amor;

y doquier al difundirse, rumorosa y palpitante,
hace al ave el blando nido de los árboles colgar,
á la savia henchir las ramas y latir al pecho amante,
entreabrirse á los capullos y á los gérmenes brotar.

No es la fiebre que, ardorosa, desordena y precipita de la sangre que se inflama la normal circulación, ni el latido apresurado con que á intervalos se agita nuestro pecho estremecido por la indómita pasión.

Es un ritmo sosegado, cadencioso y uniforme, que á compás hace moverse desde el átomo hasta el ser; una fuerza que enlazando lo pequeño con lo enorme, dominando á cuanto existe, lo consigue someter

á una ley inexorable que gobierna á un tiempo mismo á los mundos que recorren el espacio sideral, y al polipero invisible que, en el fondo del abismo, incansable y persistente, labra escollos de coral.

Es un fuego tibio y suave que calienta y que ilumina, sin quemar con sus ardores ni cegar con su fulgor, cuya luz inextinguible, que ni crece ni declina, se refleja y reproduce con distinto resplandor

en el débil centelleo con que irradia y fosforece
la luciérnaga que brilla bajo el césped del jardín,
y en el brillo de la estrella que inmutable resplandece
en el ancho firmamento sin barreras ni confin.



¡Oh inmortal Naturaleza! ¡Quién pudiera en fuerte abrazo
á ti unirse, y, olvidando la mundana agitación,
descansar sobre tu seno, como el niño en el regazo
de la madre que le arrulla con monótona canción!

Cuando, absorto en tu hermosura, si del mundo en que peleo
dejo luchas y ficciones, y á ti acudo á recobrar
con tu mágico contacto fuerza y vida, como Anteo
la terrestre superficie con sus miembros al tocar;

contemplando el movimiento de las mieses ó las olas,
que impulsadas de la brisa por el soplo halagador,
matizadas ó ceñidas por espumas ó amapolas,
se columpian dulcemente con suavísimo rumor;

escuchando la armonía que producen los pinares
cuando, fiero, les sacude con su soplo el huracán,
ó admirando sobre el ara de tus rústicos altares
la fulgente y destructora llamarada del volcán;

al gozar tanta hermosura con el alma y con los ojos,
exaltado y conmovido por febril admiración,
que me rinde y me anonada, prosternándome de hinojos,
adorando tu grandeza, te bendigo con pasión.

Mas mi espíritu, agitado por el dulce y vago anhelo
que despierta tu hermosura, se comienza á estremecer,
y, queriendo de sus alas ensayar el libre vuelo,
se revuelve y forcejea sus prisiones por romper.

Y levanto, mientras vibra, como lira que resuena,
inflamado el pecho mío por ardiente y nuevo amor,
el espíritu y los ojos á la bóveda serena
que ilumina de los astros el fulgente resplandor.

Así, en medio de la selva cuyo indómito ramaje
que se enlaza y se entrecruza forma espléndido dosel,
el espejo de sus aguas tiende el lago, y el follaje
espesísimo y sombrío se refleja sólo en él.

Mas, si acaso, desgredando la espesura, el bosque agita
con su racha silbadora repentino vendaval,
al través de la enramada, que entreabriéndose palpita,
el azul resplandeciente de la bóveda infinita
del sereno y limpio lago se retrata en el cristal.

Á UN INTRANSIGENTE

Á UN INTRANSIGENTE

Como es rudo el combate y no hay quien ceje
ni suspenda el rencor ni la violencia,
prolongas tu anacrónica existencia,
que la ignorancia secular protege.

No temas que apagar España deje
la hoguera que encendió la intransigencia:
todos quieren quemar; la diferencia
está en tostar á un fraile ó á un hereje.

Al anatema que tronar se escucha
responde la blasfemia, y enconada
sigue sin tregua y sin cuartel la lucha,

porque en esta nación desventurada,
con gorro frigio ó monacal capucha,
siempre está en el Gobierno Torquemada.

SALUDO A LA BANDERA

SALUDO Á LA BANDERA

¡Salve, emblema de España; cuando tremolas,
aviva el sol tus tonos con sus fulgores,
la imagen de tus franjas tiembla en las olas,
y, por vestir los campos de tus colores,
se unen con las espigas las amapolas!

¡En ti vive la Historia!... Mientras se arria
tu tela, al par que triste la luz se acaba,
piensa el viejo con honda melancolía:
«¡Cuando el sol para España no se ponía,
la bandera española no se arriaba!»

Mas nosotros, aún niños, en la memoria
grabemos el pasado para enseñanza,
evoquemos sin pena la antigua gloria



y cantemos las gestas de nuestra historia
con la voz y el acento de la esperanza.

Sea firme en nosotros el sentimiento,
y acepte nuevas formas, nuevas ideas
y nuevas direcciones el pensamiento;
tu ejemplo obedezcamos, pues, cuando ondeas,
sin cambiar de colores, marcas el viento.

Renovemos las viejas glorias castizas
sin temor, que aunque el vuelo la muerte cierna
sobre un montón de escombros y de cenizas,
tú, enseña sacrosanta, serás eterna,
como el alma española que simbolizas.

Y aunque, para que ondules siempre altanera,
no quede en pie un castillo ni un barco flote:
aunque todo se arruine, sucumba y muera,
para que pueda izarse nuestra bandera,
bastará con la lanza de Don Quijote.

RESTAURACIÓN

RESTAURACIÓN

I

Cierto conde, devoto de la Virgen María,
en la época en que el arte era rudo y sincero,
encomendó las obras de esta santa abadía
á un modesto alarife y á un humilde cantero,

que un edificio alzaron de románico estilo,
grandiosas proporciones y severa hermosura,
que fué taller y granja, fortaleza y asilo,
escuela y santuario, morada y sepultura.

Seis pueblos de la austera llanura castellana,
igual que atiende al silbo de su pastor el hato,
oían obedientes la voz de su campana
cuando llamaba á misa ó tocaba á rebato.

Llegaban cada año á la santa abadía,
para adorar la imagen de su excelsa Patrona,
en procesión el clero y el pueblo en romería;
y cuenta un viejo tumbo que vinieron un día
con su mitra el Perlado y el Rey con su corona.

Y no hubo peregrino que no se arrodillase
ante la Virgen, ni hubo en la comarca aquella
soldado que á su templo con ansia no llegase,
si contra el moro iba, porque Ella le guardase,
y si atacaba el moro, para guardarla á Ella.

II

Siete siglos pasaron, y un famoso arquitecto,
de empolvada peluca y chorreras de encaje,
que era árcade de Roma y académico electo,
vió la iglesia, y con agrio, despectivo lenguaje
—pues sólo con lo clásico era fino y correcto—
calificó su estilo de bárbaro y salvaje.

Y obediente á la moda, cuyas leyes tiránicas
hicieron de Isabeles y Anas, Lesbias y Cintias,
al restaurar el templo, sus columnas románicas
disfrazó, petulante, de columnas corintias:

pues trocó, revistiendo de escayola la piedra,
de su pátina augusta profanando el encanto,
la castiza elegancia de las hojas de hiedra
por el clásico empaque de las hojas de acanto.

En cada airosa ojiva inscribió un medio punto,
y al perder su carácter, su expresión y su vida,
la restaurada iglesia quedó al fin convertida,
de joya venerable, en mezquino trasunto
de una sala burguesa estucada y bruñida.

Y habiendo dado cima y remate á su empresa,
ya el árcade, en la corte, satisfecho y tranquilo,
volvió á conrer en casa de Filis, la condesa,
donde siempre las Musas encontraron asilo,

y donde muchas veces oyó de sobremesa
decir sus madrigales á Inarco y á Batilo.

III

Hoy, convertida en ruinas, desmantelada y sola,
la abadía entristece la castellana estepa:
como un tapiz, el musgo la cubrió, y adornóla
la hiedra, que, ahuecando su disfraz de escayola,
enroscándose al fuste de las columnas, trepa.

Inexorable, al cabo de ocho largas centurias,
en que sufrió del hombre y el tiempo las injurias,
la vida vengó al arte que se inspiró en la vida,
pues al par que el follaje de la hiedra esculpida
reaparece evocado por el follaje vivo
con que los capiteles va cubriendo la hiedra,
hace la lluvia, á modo de mágico reactivo,
surgir los caracteres del texto primitivo
en aquel venerable palimpsesto de piedra.

ÁUREA MEDIÓCRITAS

ÁUREA MEDIÓCRITAS

Me dicen la experiencia y el espejo
que me resigne á ser hombre maduro;
y yo, que soy prudente, y que procuro
seguir de los amigos el consejo,
sin ansiar, como el joven, lo futuro,
ni alabar lo pasado, como el viejo,
lo imaginario y lo ilusorio dejo
por lo real, lo presente y lo seguro.

No cuento el tiempo ya cual lo contaba
cuando, ansioso, febril, loco y convulso,
al tic-tac del reloj se adelantaba

el tic-tac de mi pulso.

Ya, á intervalos iguales repetidas,
resuenan, ni anheladas ni temidas,



sus campanadas graves y sonoras,
que el golpe no retardan ni aceleran;
ya no son, como eran,
siglos ó instantes para mí las horas;
pues como los cuidados no me apuran,
ni el buen humor ni la paciencia pierdo,
lo que deben durar es lo que duran:
mi pulso y mi reloj marchan de acuerdo.

Sé que andar por el mundo es mi destino,
y mi destino acepto resignado;
si al marchar, con acento destemplado,
entono las canciones que imagino,
es porque la experiencia me ha enseñado
que el que va de su voz acompañado
no siente la fatiga del camino.

Y como sé que el monte y la llanura
distan igual de la infinita altura,
por subir á la cumbre no me afano,

ni intento remontarme á las estrellas...
Mas, cuando cruzo, sin cansarme, el llano,
cojo las flores, que también son bellas,
y que están al alcance de mi mano.

Y como con mi suerte me contento,
y sentarme en un trono no ambiciono,
cuando en el poyo del hogar me siento,
el poyo del hogar convierto en trono.

LOS PRIMEROS PASOS

LOS PRIMEROS PASOS

«La niña ya hace pinos», mi mujer dijo. El día aquel fué en nuestra casa de fiesta y de alegría.

Los que no amáis la vida, no sospecháis acaso la dicha que se siente al ver á un pequeñuelo que, torpe y tembloroso, avanza, y en el suelo por vez primera imprime su vacilante paso, su paso, que aún no es marcha y que recuerda el vuelo.

Vacila, y, temerosos, cuantos le ven se encorvan queriendo protegerle; marchar apenas sabe, porque aún recuerda el cielo, y para andar le estorban las recogidas alas, al niño como al ave.

El miedo va perdiendo; si cae ó si tropieza
celebra la caída con franca carcajada:
cuando el sol el Oriente á iluminar empieza,
es de nácar la bruma y es la nube dorada;
y cuando empieza, llena de esperanzas la vida,
es alegre el tropiezo y es triunfal la caída.

«La niña ya hace pinos.» Con temblorosa planta
el abuelo hacia ella gozoso se adelanta;
las lágrimas que enturbian su apagada pupila
se mezclan con la risa que sus labios despliega;
y cuando hasta la niña apresurado llega,
su paso, más que el paso de la nieta, vacila.

La marcha al lado de ella, para animarla emprende,
con infantil orgullo y senil alegría;
y es tan torpe su paso, que al verlos se diría
que el viejo va olvidando lo que la niña aprende.

«La niña ya hace pinos.» ;Quién el tiempo pudiera
detener para siempre, prolongando este instante

en que, alegre, en el suelo grabas por vez primera
la huella de tu planta temblona y vacilante!

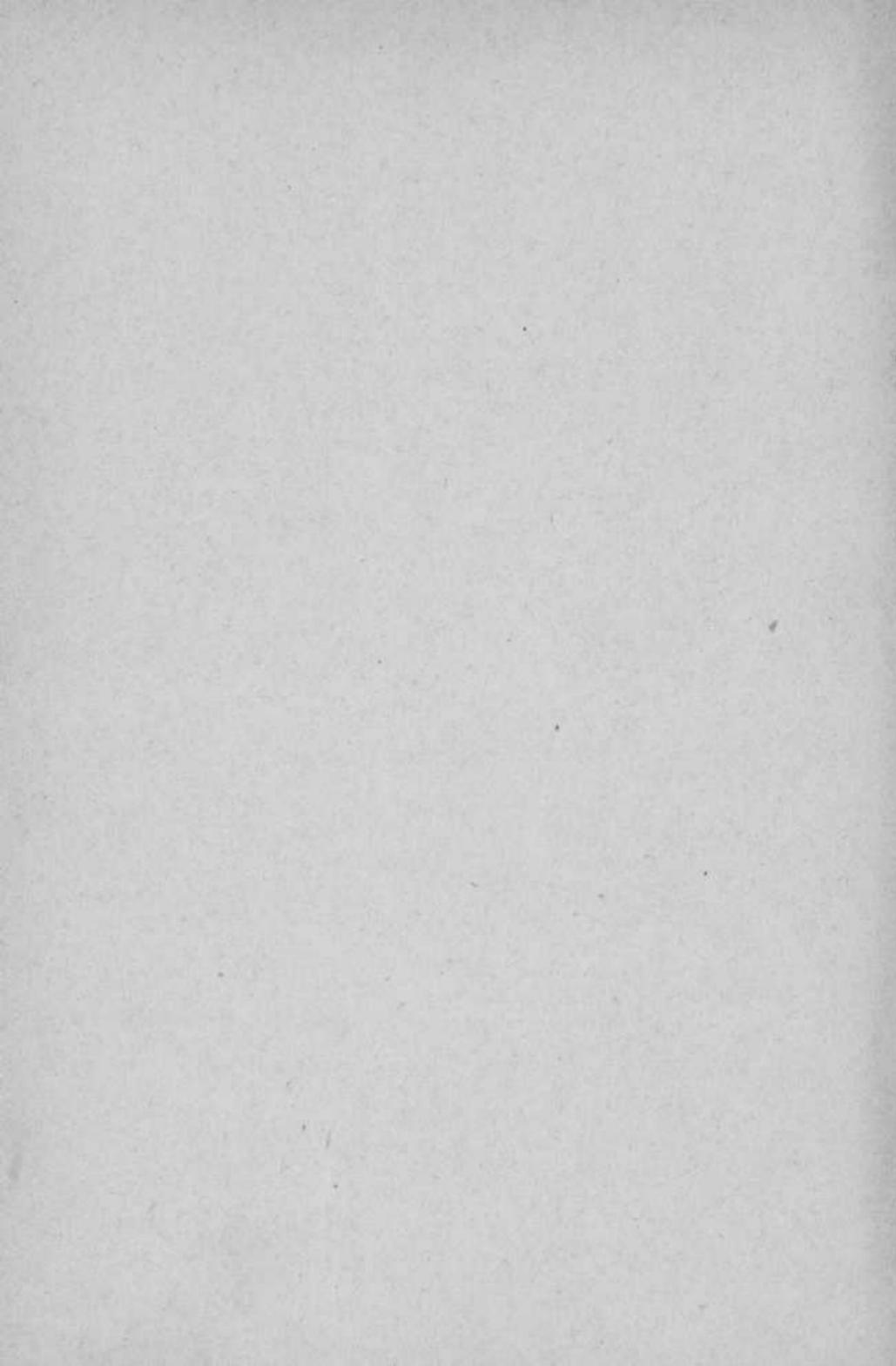
Y al seguirte mirando, seguir también oyendo
las frases que tu lengua torpemente balbuce,
las palabras obscuras é incoherentes, que entiendo
porque sólo el cariño paternal las traduce.

Sigue avanzando, sigue; yo, eterno peregrino,
que mi huella grabada dejé en distintas sendas,
por marchar á tu lado desandaré el camino
y emprenderé de nuevo el camino que emprendas.

Infundiré en tu pecho valor y confianza;
te aguardaré paciente si acaso atrás te quedas;
y si otros horizontes tu vista á ver no alcanza
te cogeré en mis brazos, para que así ver puedas
risueñas lejanías de luz y de esperanza.

A mí nada me queda que pedirte, hija mía,
porque, al verte, mi alma se llena de alegría;
porque me das, á cambio del amor que te tengo,
un amor que no turban ni celos ni desdenes;
y si yo con mi mano cuando caes te sostengo,
tú tambien, si vacilo, con tu amor me sostienes.

INVERNAL



I N V E R N A L

Blanca, pausada, silenciosa y leve,
sobre el dormido campo solitario
va extendiendo la nieve
los pliegues de su fúnebre sudario.

No sé qué inexplicable sentimiento
mi pecho melancólico conmueve
cuando, desde el balcón de mi aposento,
miro bajar sus copos virginales,
que vienen, impulsados por el viento,
á chocar sin rumor en los cristales
húmedos y empañados por mi aliento;
ó que, con tembloroso movimiento,
al descender, cual pájaros heridos,



en el aire vacilan y aletean,
en tanto que los campos, ateridos,
pausadamente y sin cesar blanquean,
igual que, si del vuelo fatigada,
en el llano, en los valles y en las lomas
se hubiera detenido una bandada
compuesta de millares de palomas.

Está blanca la tierra y blanco el cielo;
oculto el sol tras el tupido velo,
cuya sutil y complicada trama
amortigua sus pálidos fulgores,
funde en un tono la vistosa gama
de matices, cambiantes y colores,
y su luz, melancólica y difusa,
al irradiar sobre la blanca alfombra
que cubre el suelo, y en la cual no acusa
el contorno, el relieve ni la sombra,
es cual fúnebre lámpara expirante,
cuyo fulgor dudoso y vacilante

por igual sobre el mármol se derrama,
al pasar tamizado
por el grueso cristal esmerilado
que oculta hasta la forma de la llama.

Del triste día, cual de Enero breve,
el resplandor escaso
dijérase que recogió la nieve,
pues cuando el sol oculto, en el ocaso
se hunde por fin, cuando la sombra oscura
sorbe sus rayos, y la noche cierra,
y reinan las tinieblas en la altura,
con persistente claridad aún dura
prolongado el crepúsculo en la tierra.

.....

Ya el sol de la mañana, penetrando
al través de los húmedos cristales,
me despierta anunciando
que el mundo, con placer, vuelve á la vida;
ya por los vivos rayos matinales

ablandada y fundida,
de faroles, aleros y canales
la nieve, sin cesar, fluye y gotea,
y al caer sobre los sucios barrizales,
con sonoro tic-tac repiquetea.
Ya hinchendo el cauce el turbulento río,
cuyo caudal acrecentó el deshielo,
suena al correr con desusado brío.
Ya, al ser por los fulgores
del sol triunfante rota y desgarrada
la neblina tenaz, recobra el suelo
sus borrados matices y colores.
Ya todo es luz, bullicio y alegría,
porque, sin duda, al despuntar el día,
cuando aún, indiferente y descuidada,
la perezosa capital dormía,
al ver azul y despejado el cielo,
el bando de blanquísimas palomas
que se posó en los valles y en las lomas,
batió las alas, remontando el vuelo.

INOCENCIA

INOCENCIA

En el huerto aún dormido, donde el naciente día
las aves y las flores á despertar empieza,
juega una niña; tiene su virginal belleza
mucho de ángel y poco de mujer todavía.

Á sus pies, de la rama desprendida, una poma
cae al suelo, y advierte cuando alegre la coge,
sin que el rubor la nieve de su rostro sonroje,
que es buena por su aspecto, su color y su aroma.

Y aun cuando para ella—que aún ignora, inocente,
que es la manzana el símbolo de la primera culpa—
sólo hace el apetito el papel de serpiente,

cada vez que á sus labios el dulce fruto lleva,
y cada vez que clava los dientes en su pulpa,
sonríe con la gracia tentadora de Eva.

REGRESO

REGRESO

He vuelto á nuestra casa tras larga ausencia; todo conserva, como el alma, recuerdos indelebles del dichoso pasado: están del mismo modo en nuestro alegre cuarto colocados los muebles; un almohadón aún guarda la huella de tu codo.

El libro que leías, sobre la mesa abierto, como tú le dejaste, te aguarda con paciencia; las rosas que tu mano cogiera en nuestro huerto en el jarrón sin agua forman un ramo muerto, y al perder la fragancia no han perdido la esencia.

El reloj, cuya marcha redoblar parecía el ardiente arrebató de la loca alegría,

parado está, y lo mismo que guarda un relicario el sagrado despojo, conserva el calendario una hoja amarillenta: la fecha de aquel día.

¡Los años no han pasado, las horas no han corrido!... Ven, para que anudemos al pasado el presente, que aquí, donde no imperan ni el tiempo ni el olvido, podremos, confundiendo lo que es y lo que ha sido, de nuestra propia vida remontar la corriente.

Ven pronto, que igual todo lo encontrarás... Yo en tanto, besando, cual se besan las reliquias de un santo, las sagradas memorias que adoro y reverencio, dejaré, no queriendo que se rompa el encanto, al alma y á las cosas contemplarse en silencio.

EN LA PLAYA

EN LA PLAYA

Lentamente muere el día;
en la arena de la playa
no hay más sombra que la sombra de mi cuerpo
ni más huella que la huella de mi planta.

Mar y cielo...

Solamente, ya muy lejos, en la raya
indecisa donde amantes
se confunden y se abrazan,
sobre el fondo enrojecido del ocaso
se destacan
con el brío y la limpieza
de una firme pincelada,
los contornos de una vela
sola,
blanca.

Ya comienzan á esfumarse
los colores y las formas,
y ya el sol majestuoso,
al hundirse tras las ondas,
cual monarca destronado
dignamente se despoja
de la púrpura y el oro
de su manto y su corona,
y á la vez que con el oro raya el cielo,
ensangrienta con la púrpura las olas.

Pero, á todo indiferente,
la brillante regia pompa
que despliega
no me admira ni me asombra,
pues mi vista
sigue absorta
contemplando el leve punto
de la línea misteriosa
en la cual con la limpieza y' con el brío

de una firme pincelada se recortan,
sobre el fondo enrojecido de los cielos,
los contornos de una vela
blanca,
sola.

¡Pobre vela,
que palpitas como un ala,
y que al soplo de la brisa que te impele
te despliegas orgullosa y confiada!

¡Pobre vela,
solitaria!...

¡No estás sola,
pues aquellos que están solos
en la playa,
impulsados por secreta simpatía,
con los ojos, mientras pueden, te acompañan
y te siguen, si te ocultas, con su anhelo,
no pudiéndote seguir con la mirada!

EL SURTIDOR

EL SURTIDOR

En medio del estanque, que no azota
ni riza el viento, el agua contenida
halla, al abrirse el surtidor, salida
y con impulso repentino brota.

Cada irisada y transparente gota
es un diamante, por el sol herida,
antes de convertirse en su caída
en argentina y palpitante nota.

Sube el agua, y después que arriba llega
el chorro cristalino y se doblega
como flexible y cimbradora rama,

quiebra su espejo límpido y turgente
cuando sobre las aguas, de repente,
como lluvia de perlas se derrama.



CENTENARIO

CENTENARIO

Probando, después de un siglo,
que eres siempre Zaragoza,
aunque olvidas tus rencores,
sabes recordar tus glorias;

y como á la vez te ufanas
de ser noble y ser heroica,
no desmerece el olivo
junto al lauro en tu corona.

Cuando celebrar te veo
las hazañas de tu historia,
¿dudo si es que las renuevas,
ó si es que las conmemoras.

porque como en lo que amas
pones siempre el alma toda,
al querer recordar, vives,
y al querer honrar, te honras.

Fiestas de paz son tus fiestas
alegres y bulliciosas,
en que el júbilo prodigas
y el entusiasmo derrochas;

pues como los fuertes sufres,
y como los fuertes gozas,
con resignación de mártir
ó carcajadas de loca.

En tus calles y en tus plazas
hoy se juntan y se agolpan
los enemigos de entonces,
que son amigos ahora.

Cuando el viento del Moncayo,
barriendo las nubes, sopla,
las banderas que se agitan
son francesas y españolas.

Y si suenan las guitarras
y los tambores redoblan,
como si unirse quisieran,
cual los colores, las notas,

para formar un supremo
himno de paz y concordia,
confunden sus armonías
la Marsellesa y la Jota.



Hoy, cuando todo en España
vacila y se desmorona,
y caminamos á tientas
entre la duda y la sombra;

mientras la sátira frívola
y la sonrisa burlona
agita todas las lenguas
y pliega todas las bocas;

mientras la fuerza y el brío
se malgastan y se agotan
en la negación estéril
y en la discusión ociosa,

tu tenacidad de hierro,
que ni duda ni zozobra,
ni decae ni retrocede,
ni se quiebra ni se dobla,

prefiere al ocio que enerva,
la actividad que conforta,
y á la quimera que huye,
la realidad que se toca.

Siempre pronta al sacrificio
y siempre al trabajo pronta,
con rotundidad afirman
tus palabras y tus obras.

Y para probar á España
que eres, por ser Zaragoza,
capaz de morir por ella
y de vivir por ti sola,

con tu propio esfuerzo labras
en tu telar y en tu forja
la púrpura de tu manto
y el oro de tu corona.

Y como cuanto construyes
tiene base firme y sólida,
porque amas lo que perdura,
pero no lo que se agosta,

hoy, que á la Industria y al Arte
alzas un templo, orgullosa,
para que su edad se cuente
por siglos y no por horas.

imitas el campamento
que alzó Isabel la Católica,
con edificios de piedra
y no con tiendas de lona.



No es maravilla que eleve
hasta los cielos su copa
el árbol de tus virtudes,
cuya raigambre es tan honda;

ni que del tiempo y la muerte
triunfen tu genio y tu gloria,
porque en la verdad estriban
y en la realidad se apoyan;

ni que tu fe y tu constancia
tengan cimientos de roca,
porque en un *pilar* de mármol
está la Virgen que adoras.



MAÑANA



MAÑANA

Los hombres se unen sólo después de la victoria
que conquistaron siendo sagaces ó crueles,
á repartir ansiosos el botín y la gloria,
á entonar los *peanes* y á ceñir los laureles.

Mas nosotros, videntes del mañana, que amamos
los frutos en las flores y la vida en el germen,
preciso es que el esfuerzo y las almas unamos
para soñar la aurora mientras los hombres duermen.

Y al interés venciendo que recelosa y triste
vuelve el alma del hombre, el que es honrado intente
con hechos y palabras probar que el bien consiste,
más que en beber las aguas, en alumbrar la fuente.

Yo lo sé, y mi terruño penosamente labro
sin miedo al sol de Julio ni á la helada de Enero,
y cuando llega otoño, en los surcos que abro
con entusiasmo arrojo la semilla... y espero.

Pues sin pensar que acaso para otros me fatigo,
aunque sé que no siempre el que siembra recoge,
prefiero, cuando tengo un puñado de trigo,
arrojarlo en el surco que encerrarlo en la troje.

Y de sana alegría mi corazón se inunda
cuando mi diestra el grano cual lluvia de oro lanza,
porque sé que la tierra, madre santa y fecunda,
palpita, al recibirlo, de amor y de esperanza.

¡Sembrad, y que evocando la imagen del poeta,
al esparcir el trigo para que cubra el suelo,
hasta tocar las nubes se agrande la silueta
del sembrador augusto sobre el azul del cielo!

¡Sembrad, que si olvidamos las fraticidas lides
y los hombres de buena voluntad nos unimos,
y cultivar sabemos las mieses y las vides,
se cubrirá la tierra de espigas y racimos!

Y convertir podremos el lazo que nos liga
en comunión sagrada, pues no habrá quien no sepa
que la hostia, que es carne, hoy es grano en la espiga,
y que el vino, que es sangre, hoy es savia en la cepa.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Castiza.....	5
La cancela.....	13
La nieve.....	23
Contradicción.....	27
Convalecencia.....	31
Beatriz.....	39
Un gitano.....	45
En el huerto de fray Luis.....	53
Principio de otoño.....	61
Miguel Ángel.....	69
Cruzada.....	75
Espejismo.....	81
Agua soterrada.....	85
Vida universal.....	91
Á un intransigente.....	99
Saludo á la bandera.....	103
Restauración.....	107
Áurea mediócritas.....	113
Los primeros pasos.....	119
Invernal.....	125
Inocencia.....	131
Regreso.....	135
En la playa.....	139
El surtidor.....	145
Centenario.....	149
Mañana.....	159

DEL MISMO AUTOR

Prometeo.—Poema. con una carta-prólogo de don Emilio Ferrari.—Madrid, 1895. — **Una peseta.**

Aves de paso (poesías).—Prólogo de D. Jacinto Octavio Picón.—Madrid, 1904. — **Dos pesetas.**

EN PREPARACIÓN

El Milenario.—Poema.

Crónicas y artículos.

BIBLIOTECA "ATENE0,,
DE
AUTORES ESPAÑ0LES

Director: MARIANO MIGUEL DE VAL

Serrano, 27, primero derecha.—Madrid.

Teléfono 2.950.

VOLÚMENES PUBLICADOS

I.—Los Sitios de Zaragoza: Homenaje de los
generales franceses y españoles.

1908, Madrid.—Precio: 10 pesetas.

II.—Romancero de los Sitios de Zaragoza: Ho-
menaje de los poetas contemporáneos.

1908, Madrid.—Precio: 5 pesetas.

III.—El placer de amar (novela).—Daniel López
Orense (Fantasio).

1909, Madrid.—Precio: 5 pesetas.

IV.—Cancionero (poesías).—Manuel de Sandoval,
catedrático de Retórica y Poética y correspon-
diente de la Academia Española.

1909, Madrid.—Precio: 3,50 pesetas.

EN PRENSA

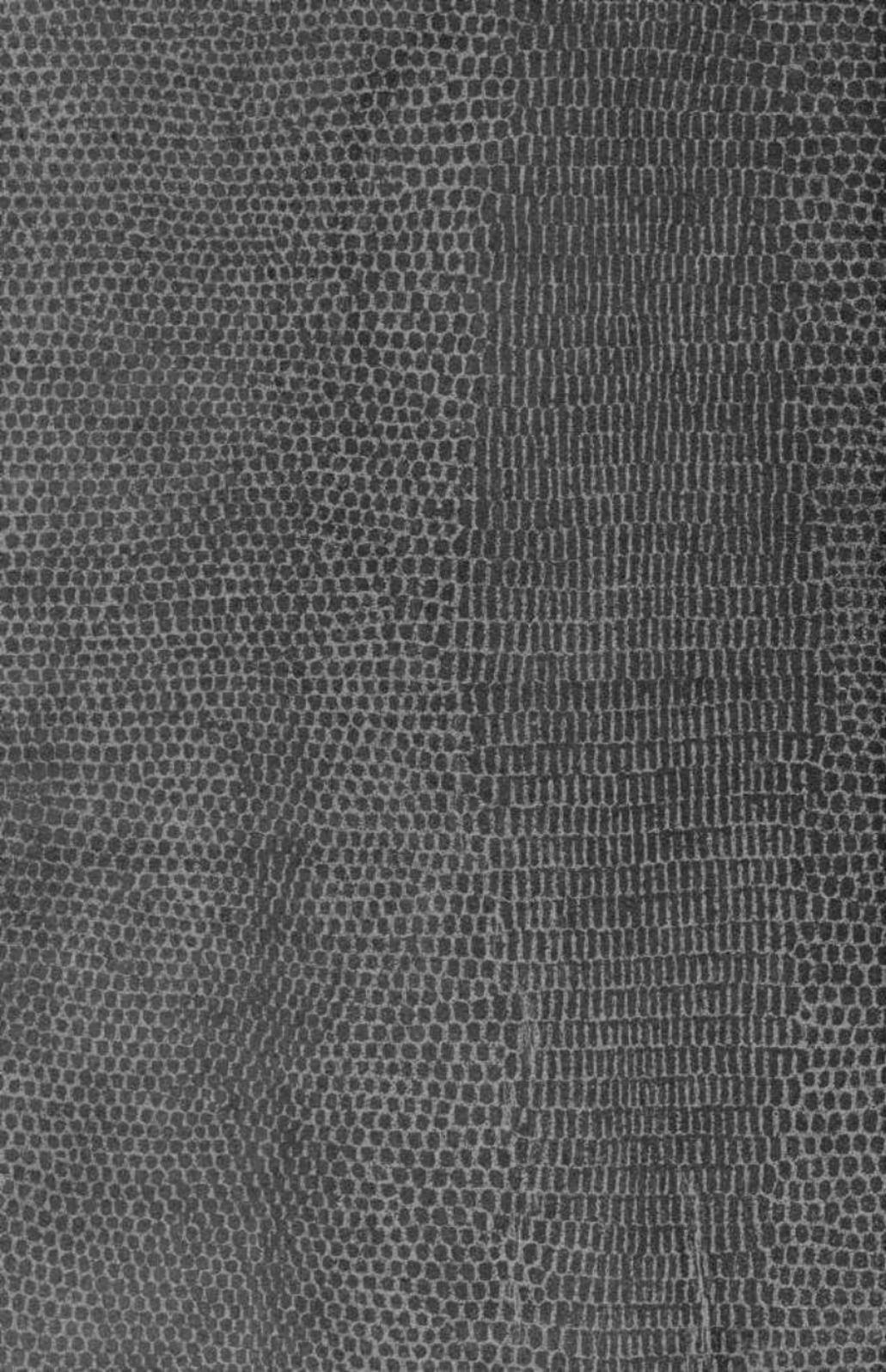
V.—Novelas escogidas:

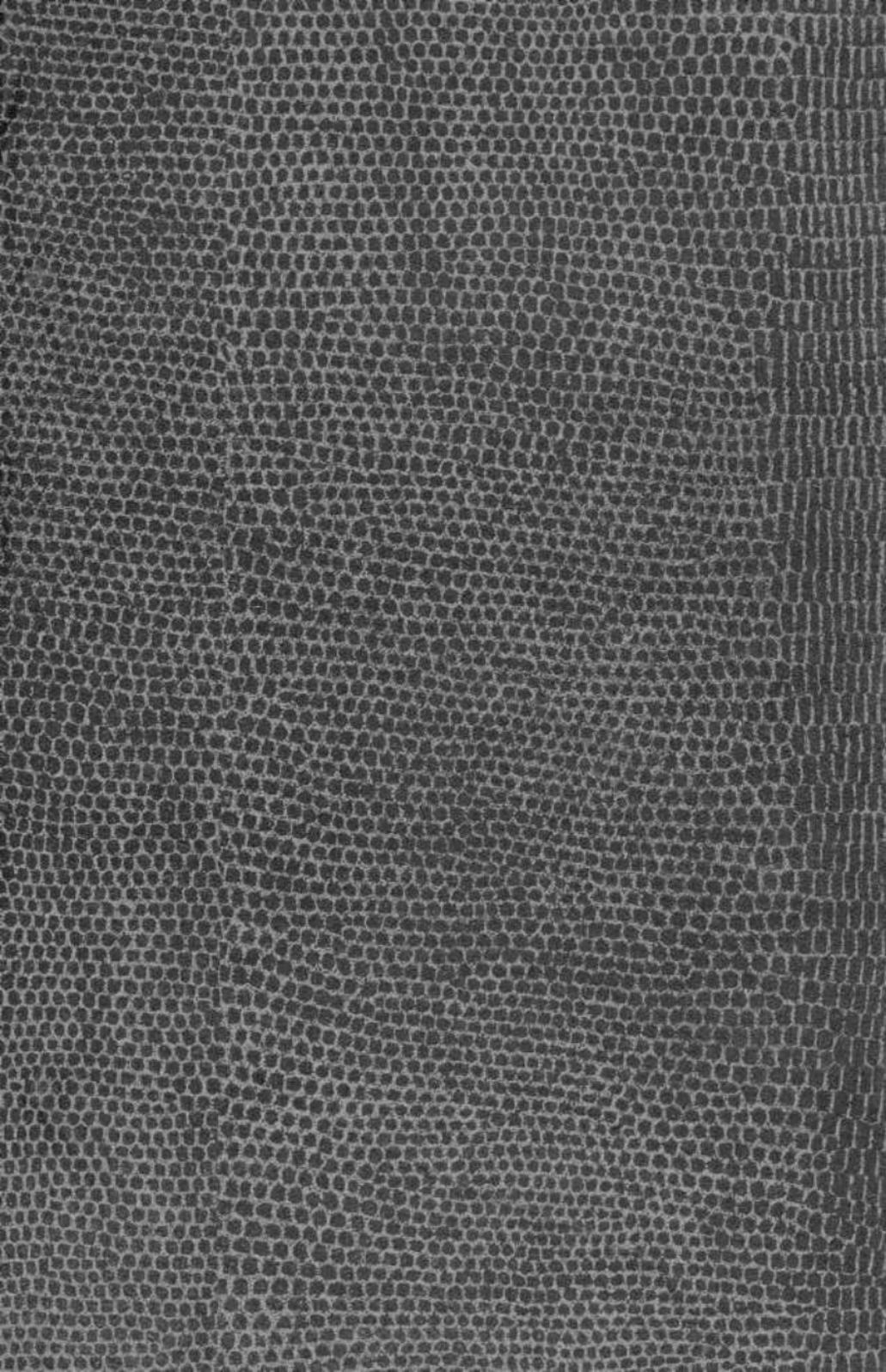
El gabinete de los secretos.—Mariano Miguel
de Val.

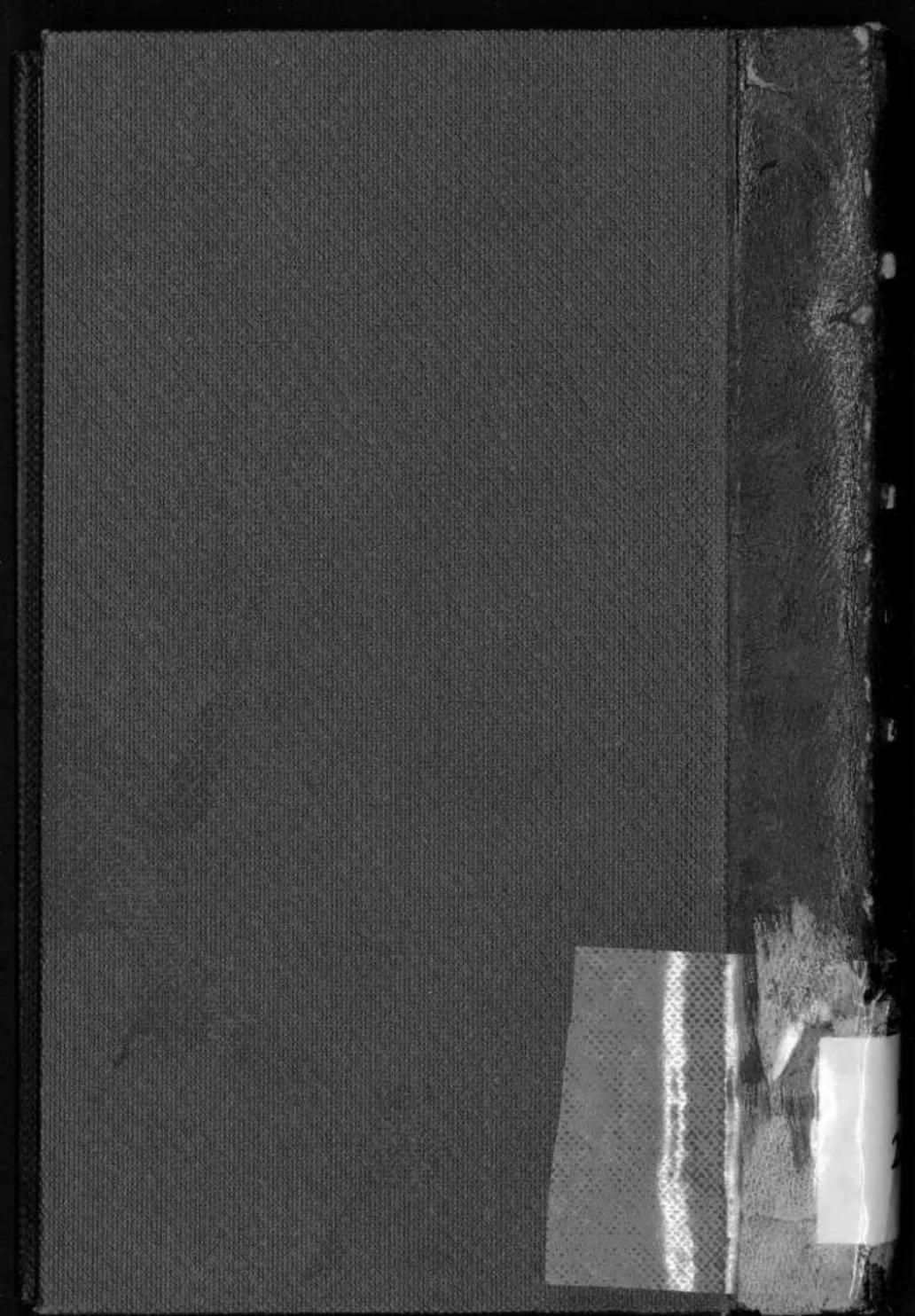
Otra historia de amor.—Daniel López Orense
(Fantasio).

Primer viaje...—José García Mercadal.









SANDOVAL

CANDIONERO

D-2

2856